

DESTERRITORIALIZACIÓN SIN LÍMITES

Reflexiones geográficas en tiempos de pandemia

por Rogério Haesbaert - Universidad Federal Fluminense - Rio de Janeiro

Traducción de Denisse Rosas F. UAM – Iztapalapa

Algunos de los mantras del globalismo planetario que dominan hasta ahora: muévase, viajen, aceleren, crezcan, expándanse, extraigan (los recursos), consuman, privaticen, flexibilicen (las relaciones de trabajo), deslocalicen (las empresas) ... Todo eso, frente a la pandemia de coronavirus, repentinamente se invirtió: paren, no viajen, desaceleren, retírense, no consuman, inviertan en políticas públicas, nacionalicen (empresas en crisis) ... Aquí [en Brasil], en pleno boom neoliberal, como una plaga, el último mantra a ser contestado, aún no se ha revertido: para los trabajadores se continúa proponiendo una flexibilización aún mayor de las relaciones de trabajo, como si se estuviesen poniendo a prueba hasta donde llega la resignación de la masa de los (des) empleados extremadamente vulnerables. Es como cuando los ricos pueden parar y se resguardan, los pobres deben continuar en movimiento, tomando riesgos para asegurar nuestra sobrevivencia.

Hace casi dos décadas atrás, en “El mito de la desterritorialización”, yo escribí que, al contrario de lo que se propagaba a partir de Europa y de los Estados Unidos, no estaba ocurriendo el “fin de los territorios” (Bertrand Badie), o el “fin de las fronteras” o del Estado-nación (Kenichi Ohmae) o incluso “el fin de la geografía” (Paul Virilio). Cuando se decía que estábamos en un proceso de pérdida de lazos

territoriales se utilizaba muy mal el término “desterritorialización”, aplicando mucho más a los ricos que con frecuencia se desplazaban y tenían más de una residencia (inclusive en países diferentes), que a los pobres que realmente sufrían la pérdida de control en sus espacios de vida. Propuse, entonces, para los ricos, especialmente los ejecutivos de grandes corporaciones transnacionales, el término multiterritorialidad, por tener pleno control sobre los múltiples territorios que frecuentan, siempre en una “burbuja móvil” de las mismas cadenas de hotel, resorts, tiendas, restaurantes... Incluso ahí, sin embargo, ellos dependían de una grande fuente de servicios ofrecidos por trabajadores –en general migrantes, estos sí, desterritorializados.

En una mirada desde nuestra realidad latinoamericana tan desigual, reservé entonces el término desterritorialización mucho más para la efectiva pérdida de control territorial de los más pobres, grupos subalternos que luchan cotidianamente por su sobrevivencia. Llegué a afirmar que una persona en situación de calle, por ejemplo, puede hacer defensa del toldo de un predio durante la noche como su territorio, así como un preso en una celda llenísima puede hacer de una colchoneta su territorio durante las pocas horas en las que en rotación consigue dormir. En ese sentido, es que la desterritorialización puede ser encarada, sobre todo como precarización de los controles

territoriales que garantizan nuestra propia condición de vida. Da para imaginar, como resultado más brutal de esa pandemia, en un mundo en el que la salud pública nunca fue prioridad, o lo que pueda causar en países de desigualdad histórica tan degradante como la nuestra en América Latina. Comenzando por los miles de personas en situación de calle, en la punta de esa pirámide y los más vulnerables por ser los que tienen menor condición de aislarse o “alejarse” socialmente.

Se llegó a afirmar que un mundo fluido y “líquido” se proyectaba cada vez más impetuoso, un “regalo” de la globalización neoliberal que consume y rehace todo, en una reinención tecnológica atroz, todo el tiempo recreando “necesidades innecesarias” que, estimuladas con los billones gastados en publicidad, incluso endeudados, consumimos vigorosamente. Sin embargo, en ese afán por lo nuevo y por el movimiento se olvidó que el viejo puede no morir y que la fijación y el cierre son la otra mitad, inseparable, de la abertura y del movimiento. Sería preciso un virus asesino para que nos recuerde esas viejas lecciones. También para reforzar nuestra tesis de que aquella desterritorialización tan celebrada, la de los “turistas”, era un mito.

La metáfora de los “turistas globalizados” de Zigmunt Bauman, con cuidado para no exagerar, también ayuda a comprender la rápida difusión del coronavirus. Más allá de la metáfora, la última década el número de turistas del mundo casi se duplicó, llegando hoy cerca de 1,5 billones de personas. Si recordamos que las migraciones internacionales también aumentaron substancialmente en las últimas décadas, llegando a 272 millones de personas en 2019 (o sea, 3.5% de la población mundial, contra 2.8% en el año 2000), percibimos la intensidad del movimiento de nuestros cuerpos en el

planeta. Todo eso sin hablar de la enorme movilidad internacional cotidiana en función del trabajo. Y todavía había quienes menospreciaban esa dimensión material, corpórea, la vida humana, en nombre de una virtualización o desmaterialización generalizada (erróneamente denominada, también, desterritorialización).

Paradójicamente, quien diría, la gran desigualdad que mueve el sistema económico se revela ahora con toda su crudeza entre aquellos que pueden quedarse aislados, hipotéticamente “inmunizados” en los territorios-refugio de sus hogares, con condiciones económicas para mantenerse ahí, y aquellos que, sin garantía de sus territorios-recurso, son obligados a atravesar la ciudad para asegurar la alimentación, la salud, la limpieza o la seguridad para toda la población.

Recordando la distinción que Jean Gottman propuso (después incorporada por Milton Santos) entre el territorio como abrigo y el territorio como recurso, está claro que es imposible vivir nuestras vidas sin la superposición de esas dos propiedades. Nuestras casas, como último espacio-refugio, nos pueden garantizar cierto abrigo, nos protegen (relativamente) de la difusión del virus, sin embargo, esa condición se realiza en realidad articulándose con el acceso a múltiples recursos: agua y alcantarilla entubadas, energía por cable, teléfono por antena, la alimentación que necesitamos buscar en el supermercado, los medicamentos en la farmacia, el combustible para el transporte de esas mercancías, las gasolineras, etc. Hace mucho fue el tiempo en el que estábamos autónomamente “resguardados” en nuestras casas. Muy pocos hoy disfrutan de ese privilegio, pero tenemos otro enorme privilegio del cual raramente nos podemos dar cuenta. Tenemos que

concientizar sobre cuanto la seguridad de nuestras cuarentenas individualistas se debe a una masa de trabajadores (vulnerables) que nos garantizan el acceso a estos tantos recursos necesarios para nuestra sobrevivencia. Esta pandemia nos podría enseñar un poco más a reconocer nuestra propia fragilidad y el grado de dependencia que tenemos para con los servicios garantizados por esos trabajadores con los cuales deberíamos tener el mayor respeto y solidaridad. Ir a las ventanas y aplaudir a los profesionales de salud cómo un pequeño comienzo.

En sentido más amplio, el desafío sin precedentes y abrumador que nos plantea esta pandemia es detener, al menos reducir la velocidad, o perecer. Abre lo que, para muchos, incomprensiblemente, todavía no parecía lo suficientemente claro: la bancarrota de un sistema que, en teoría, abolió la idea del límite y se autodenominó soberano del planeta. Como se indicó en un artículo anterior, a diferencia de los discursos dominantes, la fluidez de la globalización planetaria ha puesto de manifiesto, con aún más fuerza, el debate sobre los límites:

“...límites como restricción, contención, en una connotación negativa, pero también en el sentido de que se constituye parte indisoluble de nuestra dinámica civilizatoria, en la medida en que, biopolíticamente hablando, el modelo corporativo hegemónico, basado en la acumulación y/o nuestro “crecimiento” capitalista, puso en juego incluso nuestra supervivencia como especie biológica en la Tierra”.

Si no se prioriza la lucha inmediata contra la precariedad y la desigualdad brutal, no tendremos salida. La defensa de la vida y la etnodiversidad del planeta exigen, más que nunca, una cultura y una política planetarias

del común que defiendan, en primer lugar, la reducción de la desigualdad perversa entre los pueblos de la Tierra. Esta parada obligatoria, además de las muy probables agitaciones que provocará (ya ensayados en protestas recientes en América Latina y todo el mundo, desde el Líbano hasta Hong Kong), puede traer a la luz una seria discusión de direcciones para la civilización. Si el Gran Hermano de la extrema derecha no se aprovecha de la ocasión para imponer controles aún más perversos, tal vez esta sea nuestra última oportunidad. La tremenda desterritorialización en términos de la precarización social resultante será el indicador más despiadado de que solidarizamos con los más frágiles y reconocemos nuestro destino común, o perecemos todos juntos, por qué el barco, más que nunca, se reveló como uno, y se está hundiendo. No habrá trincheras domésticas o individuales capaces de protegernos de este naufragio.